

¡SI SOMOS REACCIONARIOS!

Por JOSE GOENAGA, S. J.

Profesor de la Universidad Gregoriana de Roma.

REACCIONARIO" es el que reacciona, oponiendo acción a acción. Quien se rebela contra el mal o contra el error es un reaccionario digno de loa; quien va contra el bien o la verdad, es un reaccionario condenable. Se trata, pues, de un epíteto inocente en sí mismo. Pero los que lo emplean se valen de él como de un calificativo que puede servir para descalificar al adversario, incluyéndolo prematuramente en la galería de los antepasados, o, por lo menos, en el bando de los enemigos del progreso y de la democracia.

A éstos según algunos, pertenecemos los católicos. Y por eso nos llaman a boca llena "reaccionarios". ¿Lo somos?

¿Somos reaccionarios?

Para responder a ciencia y conciencia, es preciso determinar antes el alcance de la acusación. Cosa no muy difícil. Basta, por ejemplo, mirar a los labios que la profieren. En este período postbélico y concretamente en estos meses de 1947, la palabra "reaccionario" forma parte de la colección de amenidades de la propaganda bolchevique internacional; es decir, proviene de los compatriotas y amigos del delegado soviético Teplikov, que en la Comisión de los Derechos del Hombre de las Naciones Unidas se ha opuesto a incluir en el catálogo de los derechos humanos el derecho a la vida y a la libertad personal, el derecho de dirigir peticiones a los Gobiernos nacionales o a las Naciones Unidas, el derecho de propiedad junto con la prohibición de las expropiaciones ilegales, el derecho de emigrar y el de resistir a la opresión, la no retroactividad de las leyes penales, la prohibición de la esclavitud y de los trabajos forzados...

En efecto, estos derechos no son compatibles con la doctrina comunista ni con la legislación práctica que rigen en los países dominados por la democracia progresiva. Pensar y querer lo contrario es ser reaccionario y antidemócrata.

Nada, pues, de extraño que las emisiones y publicaciones soviéticas atribuyan al Papa Pío XII un puesto de preferencia entre los reaccionarios. Y justamente. Porque nadie se ha distinguido tanto como el Papa en la defensa de la persona humana y de las libertades individuales y nacionales. El ha sido el primero en reaccionar contra las monstruosidades totalitarias negras y rojas. En el Papa han hallado su voz más intrasigente los viejos principios de la justicia y de la caridad, al reaccionar impertérrito contra las agresiones, las represalias, las persecuciones, las justicias sumarias, los desplazamientos de pueblos... El Papa, es ciertamente, un "reaccionario", como lo son cuantos defienden los derechos de Dios y del hombre contra las arbitrariedades de los tiranos.

Recientemente, la misma propaganda bolchevique ha calificado de "jefe de los reaccionarios antidemócratas" al Cardenal holandés De Jong, el hombre que durante la guerra, fué considerado como el alma de la resistencia y de la reacción holandesa contra la opresión nazi. De Jong es "reaccionario" porque en la carta pastoral colectiva del Episcopado holandés se ha dicho que el comunismo y el nazismo son dos males que provienen de la misma fuente. Ambos niegan el primer artículo del credo: "Creo en Dios Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra", y el último "creo en la vida perdurable". Ambos usan de los mismos medios: impostura, engaño, opresión, tiranía;

ambos oplan al hombre, el uno en nombre de la raza o de la nación, el otro en nombre de la clase o de la sociedad.

El que denuncia y condena todo esto es, según el comunismo, un "reaccionario". Está, pues, bien determinado el sentido de esa palabra: "reaccionario" es todo el que se rebela contra la tiranía totalitaria o contra las doctrinas y actividades de los que, llamándose progresistas, quieren hundir la Humanidad en el paganismo y en la barbarie. Es evidente que nuestra naturaleza de hombres y nuestra vocación de cristianos nos obligan a ser "reaccionarios".

¡Sí, somos reaccionarios!

Somos reaccionarios, y reaccionaremos siempre con igual decisión contra los que en la cátedra o en el libro tratan de reducir al hombre a un puñado de materia organizada, como contra los que, conforme a esas teorías, lo reducen a unos gramos de ceniza en un campo de concentración, a un esclavo en el "kolkhoz" o en la fábrica, a una célula en el mastodóntico organismo de un Estado. Y, como a la negación del hombre se llega a través de la negación de Dios —única explicación y sostén de nuestra dignidad humana,, reaccionamos contra el ateísmo militante de los fanatizados y de los perseguidores, y contra el ateísmo potencial de la muchedumbre de los indiferentes e ignorantes. Y porque el repudio de Cristo y de su Iglesia ha precedido a la negación de Dios, reaccionamos contra los paganos y paganizantes que malgastan sus energías, en ahondar el mal e imposibilitar el remedio, procurando acorralar aún más a la Iglesia y borrar la imagen de Cristo para poder seducir más fácilmente al pueblo y llevarlo tras nuevos Barrabases.

Nuestra reacción parece negativa, como positiva. El católico centra su atención en hecha de "antis"; pero es esencialmente Cristo, en el que junto con la Iglesia y con Dios encuentra también al hombre en todo el esplendor de su dignidad. Es, pues, una reacción que tiene un nombre positivo: cristianismo, catolicismo. Es, ante todo, una afirmación de Cristo, de su doctrina, de su Iglesia; y por ello se opone a todas las negaciones de Cristo, como la verdad, el bien y la luz se oponen, sólo por serlo, a todos los errores, males y tinieblas, llámense como se llamen.

Esta reacción positiva es primero un movimiento hacia dentro: el católico tiene el deber fundamental de afianzar su catolicismo, de cristianizarse a fondo, de mantener encendida su luz. Pero este repliegue hacia el interior es una preparación para su salida hacia fuera: la luz no se hizo para tenerla debajo del celémín, sino para que ilumine desde el candelero este mundo oscuro que, como dijo el Papa hace unos días, parece impermeabilizado a todo influjo evangélico y ha desterrado la caridad de Cristo. Ahora que muchos laicos, en su trágica ceguera, ignoran y hasta rechazan al que es Amor, lamentando al mismo tiempo las tragedias sembradas por el odio, es el gran momento de infundir nuevamente en los hombres "la esperanza terrena del Evangelio", como decía un ilustre orador en el reciente Congreso de Pax Romana. Enorme y trascendental tarea, que indica cómo, por reaccionarios que seamos los cristianos, nunca lo somos, ni lo seremos, suficientemente...

¡Pero no suficientemente!

Por desgracia, ni los reaccionarios son tantos como pudieran creer los adversarios, ni el reaccionarismo de los que lo son es tan intenso como ellos suponen. Muchos, una enorme masa de cristianos, no reaccionan: son peces muertos que se dejan arrastrar por la corriente. Pero aun entre los que reaccionan no todos tienen el valor de aceptar íntegramente las responsabilidades que van unidas a su nombre y ser de católico en una sociedad moderna. "El sentimiento del deber de participar en la vida pública en favor del bien común está poco radicado en las convicciones y en las costumbres aun de los buenos" (Don Sturzo).

Cierto que los cristianos que viven coherentemente su cristianismo ejercen sobre la sociedad un influjo eficaz, y ésta es la primera acción que se les exige. Pero su cualidad de miembros de la comunidad terrena les impone además el deber de entrar audazmente con sus virtudes en el campo de la vida social y política. Contra el exagerado puritanismo de los que, por conservarse inmaculados, huyen de las responsabilidades temporales, escondiendo bajo las piedras los talentos recibidos, y contra el lloronismo estéril de los que gimen por las posiciones perdidas y con su pasividad atraen sobre sí los males de los que luego culpan a otros... se ha alzado repetidas veces en estos últimos tiempos la voz del Papa, exhortando a los católicos a intervenir vigorosamente en las

actividades públicas de sus países, sin retirarse cobardemente bajo la tienda de Aquiles. El abstencionismo es una deserción, la neutralidad equivale a complicidad con el enemigo. Los cristianos, con un reaccionarismo activo y universal, deben concurrir como perfectos ciudadanos al establecimiento de las condiciones necesarias para que individuos y familias puedan contar con ese mínimo indispensable de bienestar y tranquilidad terrenos que les permitan, sin necesidad de ser héroes, conducir una vida digna, virtuosa y feliz... en cuanto lo consienta el **mysterium iniquitatis** que nunca abandonará del todo al mundo.

En su pastoral de Cuaresma, el Cardenal Griffin ha animado a sus fieles a no limitar su acción al ámbito de las organizaciones y actividades estrictamente católicas. "Hemos de servir activamente al prójimo en todas las asociaciones. Tenemos deberes de ciudadano. Los católicos deben participar en mayor grado en las responsabilidades de la vida civil y nacional; deben intervenir como miembros activos en las asociaciones obreras o patronales y tomar parte en los grupos y partidos políticos que no estén en pugna con las doctrinas de la Iglesia".

En sus reuniones romanas, los intelectuales católicos de Pax Romana, convencidos de que no puede haber sociedad justa y libre sin moralidad cristiana, se han comprometido a intervenir activamente en los organismos e instituciones que buscan la prosperidad del género humano, llevando a ellos la integridad de los principios católicos, como lo hizo en la esfera científica el nuevo Beato Costardo Ferrini, profesor de la Universidad de Pavia, a quien el Papa ha llamado "santo de su tiempo, del siglo del trabajo vertiginoso..., santo de la hora presente, místico de la unión con Dios y místico de la acción..., que poseyó la ciencia humana, la ciencia religiosa, la ciencia de la caridad de Cristo". ¡Buen modelo para avivar e intensificar la reacción de los católicos de hoy!

Un mundo, hecho a la medida del hombre destinado a la eternidad, sería el resultado de esta reacción cristiana, fruto a su vez del amor a Cristo. A ella nos impulsa la fidelidad a nosotros mismos y la certidumbre de que fuera de los principios cristianos, fuera de Cristo, el mundo no puede mejorar, pues sólo es **EL VERDAD, CAMINO Y VIDA...**

José Goenaga S. J.

